

mismo,—y disponeos mañana á venir conmigo á la corte.

Retiróse el emisario, y siguieron cenando nuestros cuatro paladines, conversando acerca de la determinación del rey y del singular acaecimiento que los había acercado tanto á la corte.

—Bueno fuera, señor alcaide,—dijo Peransurez dirigiéndose á Ferrus, que era el más afectado del licor,—bueno fuera que hubiéseis de hospedar en este castillo á la corte...

—¡Bah!—dijo Ferrus,—no pasa por aquí, y además en un castillo encantado...

—¡Encantado! Dios nos perdone,—dijo con afectado escrúpulo el padre.

—¿No ha oído hablar nunca el padre de la mora Zelindaja, Zelindaja la mora...?—siguió Ferrus con dificultad, y riéndose á cada palabra con la estúpida expresión de la embriaguez.

—¡Hola!

—¡Voto va! pues la mora... Rico vino es este, padre; ¿no bebéis?

—Proseguid,—dijo el padre haciendo con su mano un ademán de agradecer el ofrecimiento.

—La mora, pues... Vaya otro trago, señor Rui Pero.

—¿Y la mora?—preguntó el padre.

—La mora... Zelindaja queréis decir, la que está encantada en la torre...

—¿En la torre?

—Sí; aquí arriba sobre nosotros. ¡Pero qué vino! ¡qué paladar! ¿os dormís, señor Rui Pero? ¡voto va!

—¿Con que arriba?—preguntó el padre.

—Por ahí la llaman la mora, y dicen que aparece, y que... ¡ah! ¡ah! ¡ah!—añadió Ferrus soltando una carcajada, y mirando el vino que contenía aún la copa.—¿Qué hacéis vos ahí,—prosiguió vuelto en seguida á los que le servían la mesa,—escuchando, espionando, á ver si se me escapa alguna imprudencia? ¡Belitres! Si esperaréis á que yo os diga dónde está el preso... larga la lleváis. Fuera de aquí; llamaremos cuando os hayamos menester.

Diciendo y haciendo, levantóse Ferrus con trabajo, y cerró la puerta después que hubieron salido los sirvientes, espantados de las palabras del alcaide.

—¿Con que el preso...? señor alcaide...—prosiguió Peransurez, que así como su compañero no perdía una palabra ni una acción de las que se le escapaban al imprudente mancebo.

—El preso no se escapará mientras pendan de mi cintura las llaves todas del alcázar. ¡Ah!

¡ah! ¡ah! notad, padres míos, la figura que hace un camarero dormido,—prosiguió Ferrus riéndose á carcajadas y señalando con el dedo la boca abierta del buen Rui Pero, á quien la hora, el sueño, el vino y el cansancio tenían cabeceando sobre su poltrona.—¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Al llegar aquí, tocó Peransurez por bajo de la mesa al pie de Hernando, que de puro impaciente no hacía ya más que moverse había gran rato. Levantándose á un tiempo los dos, precipitóse cada uno sobre el que tenía al lado. Tocóle á Peransurez el dormido Rui Pero, que se halló ya maniatado y tapada la boca antes de acabar de despertar; á Hernando, Ferrus, cuyo asombro fué tal al ver levantarse de repente, y en aquella tan inesperada forma, á los dos reverendos, que no fué dueño de gritar ni de oponer la menor resistencia al montero, el cual así lo fajaba con sus poderosas manos, como si fuese un niño. Pusieron nuestros dos amigos á cada uno de los alcaides un palo del hogar atravesado en la boca y sujeto con cordel que preparado llevaban, á manera de mordaza, y atáronlos en seguida fuertemente de pies y manos á sus mismas poltronas, dejándolos conforme se hallaban colocados, es decir, uno enfrente de otro, con la mesa en medio y sus copas delante. Era cosa de ver la figura que hacían, sin poderse mover ni remover, ambos con la boca abierta, y mirándose con ojos aún más abiertos, sin acabar de comprender si estaban encantados por el moro del castillo ó si habrían dado hospedaje á dos diablos del otro mundo que venían á castigar su descompuesta vida.

Hecho esto por nuestros dos reverendos, y apoderados ya del manojito de llaves que pendía del cinto de Ferrus, fué su primer cuidado recapacitar lo que acababan de oír al ebrio alcaide.

Parecía por el misterio de sus palabras que la torre era el lugar del castillo destinado al prisionero. Estaban en ella, pero era indispensable hallar una subida, y si había dos, aquella en que estuviesen menos expuestos á ser notados ó á encontrar importunas centinelas. En punto á esto convinieron que era preciso ponerse en manos de Dios, que veía sus intenciones y no dejaría de favorecerlas; y echáronse á buscar una subida, que no tardaron en encontrar. Probandos llaves lograron abrir una puercecita encubierta detrás del hogar por un tapiz viejo: empujéronla, y una escalera oscura les probó que habían dado con lo que necesitaban. Armado cada uno de un agudo venablo, y lle-

vando en la mano izquierda Hernando, que iba delante, una linterna sorda de metal, diéronse á subir con la mayor confianza en Dios, donde los dejaremos, ora trepando escaleras, ora recorriendo largas y oscuras galerías, ora, en fin, probando llaves en cada puerta que encontraban, todo con el mayor silencio por no dar la alarma en el castillo.

Hallábase colocado el cuarto, donde se divisaba la misteriosa luz desde los alrededores de la fortaleza, en el extremo de una galería, y como quiera que las puertas fuesen todas de la mayor seguridad, no se creía prudente establecer centinelas demasiado inmediatas. Al único que hacia aquella parte se ponía, preveníasele de antemano que no se separase del extremo de la galería más distante de la prisión. El que se hallaba á la sazón en aquel punto era un mancebo profundamente ignorante acerca de las circunstancias de los presos que parecían custodiarse con tanto interés en la fortaleza, pero que había oído hablar lo bastante del encantamiento del castillo, y de la voz nocturna, para no tenerlas todas consigo en aquella incómoda facción.

—Por Santiago,—decía, apoyándose en su partesana,—que no entré yo al servicio del señor conde para habérmelas con brujas y hechiceros; este instrumento, que bastaría para matar millones de moros, unos después de otros se entiende, acaso no sería suficiente á hacer un ligero rasguño en la mano del moro que fundó este maldito castillo. Dicen que la señal de la cruz es grande arma contra las artes del demonio,—añadía en otro paseo de los que daba, sin apartarse mucho de su puesto como el que tiene miedo ó frío;—y siendo esto cierto, ¿cómo es que hay cristianos hechizados? Cuerpo de Cristo, si me hechizasen, tengo para mí que lo que más había de sentir había de ser aquello del no comer y del no dormir, ¡voto va!

En estas y otras reflexiones cogió entretenido al mancebo cierto profundo gemido que salió al extremo opuesto de la galería.

—¡Santa María!—exclamó, dando diente con diente, el faccionario.—Asunto concluido. ¿Si será la mora que viene á pedirme su esposo, según dicen las gentes que lo pide todas las noches á los ecos? Sin embargo, no soy eco,—añadió lastimeramente como si quisiese conjurar el encanto con esta lógica observación.

Otro gemido más prolongado resonó de allí á poco, y el ruido de una cadena arrastrada por

el suelo se prolongó hasta el infinito en el oído del infeliz.

—¡Santo Dios!—decía el soldado, y persignábase tan de prisa como si fuese la última vez que había de persignarse en su vida, sin apartar los ojos del punto de donde él se figuraba que salía el ruido.

En esto estaba, á la orilla de la escalera, y vuelto de espaldas á ella, cuando dos manos de hierro, apoderándose de sus piernas, le levantaron en alto.

—¡Perdón, señora Zelindaja, perdón!—clamó con voz medio ahogada el miserable, y pasando por encima de la cabeza de un padre francisco, á quien no tuvo siquiera tiempo de observar, cayó rodando de espaldas por la escalera, hasta una puerta que habían cerrado tras sí nuestros aventureros, donde quedó casi exánime y sin sentido.

—¿Hay más?—dijo Peransurez mirando á todas partes.

—No,—repuso Hernando,—aquella debe ser su prisión: ¿no oís una cadena?

—Él es; apresurémonos.—Sacando en seguida el manojito y llegando á la puerta, comenzaron á probar llaves en la cerradura. Abrió, por fin, una de las más gruesas, y entrambos se precipitaron dentro de la prisión, igualmente impacientes de dar libertad al encadenado doncel.

Una lámpara mortecina lucía siniestramente sobre un pedestal.

—¡Basta, crueles, basta ya!—exclamó una voz penetrante, arrojándose á sus pies al mismo tiempo, con todo el desorden del dolor y de la desesperación, una figura cadavérica vestida de negras ropas.

Difícil fuera pintar el asombro de nuestros dos reverendos al ver venir sobre ellos aquella extraña sombra, que no era otra cosa lo que á su vista se ofrecía, y el sobrecogimiento de la víctima luego que paró la atención en sus nuevos huéspedes, de tan distinta especie que los dos hombres que hasta entonces habían solido visitar su encierro para traerla el alimento.

—Religiosos, santo Dios, religiosos,—exclamó ésta.—Habéis oído, Señor, por fin mis oraciones, y el bárbaro me envía estos emisarios de vuestra palabra divina para auxiliarme en los últimos momentos de esta vida miserable. Lo acepto, Señor, lo acepto.

Un mar de lágrimas corrió de los ojos hundidos de la encarcelada, que abrazaba con religioso fervor el hábito de Hernando: éste, in-



móvil en su puesto, no sabía qué interpretación dar á aquella horrible escena. Todo el valor de Peransurez le había abandonado; creíase, efectivamente, delante de la encantada mora, y estaba ya á dos líneas de maldecir en su corazón su osadía y su malhadada incredulidad.

Repuesto algún tanto Hernando de su primera sorpresa, hízose atrás cuanto pudo, desviando su hábito del contacto de la infeliz. Esta, levantando entonces la cabeza, y sacudiendo sobre los hombros una larga cabellera, único resto de su antigua hermosura, quedó mirando largo rato á nuestros amigos sin atreverse á proferir una palabra.

—Quien quiera que seáis,—dijo por fin animándose Hernando, y descubriendo su rostro,—sér de este mundo ó del otro, mora ó cristiana, hablad: ¿qué nos queréis?

—Hernando, ¿sois vos?—exclamó la víctima levantándose, después de haber mirado largo rato con la mayor duda y agitación al montero espantado.—¡Ah! no,—continuó.—¡Hernando era montero!—y volvió á quedar en el mismo estupor.

No pudo menos Hernando, al oírse nombrar por la fantasma como un antiguo conocido, de fijar más en ella la atención; y agarrando con una mano á Peransurez, que á su derecha y un poco detrás de él estaba:—¡Cielos!—exclamó sin apartar los ojos de la figura negra.—Dejadme: ¿sería posible?

—¡Ah! conocedme, sí,—gritó levantándose y asiendo la lámpara la infeliz,—conocedme, si me habéis visto alguna vez; hé aquí en mi rostro los efectos de su barbarie; no soy la misma ya; no soy hermosa... el llanto, el dolor me han afeado. Miradme bien, miradme,—prosiguió acercando la luz á su semblante.

—¡Ella, ella es! Peransurez, salvémonos,—gritó Hernando retrocediendo.

—¿Adónde? no: ¿adónde? Detenéos. Yo saldré también con vosotros.

—¡Vivís aún, señora!—exclamó Hernando al sentirse detenido por la víctima,—¿vivís?

—Vivo, sí, vivo para llorar y padecer: tocadme aún si lo dudáis.

—¿Es falsa vuestra muerte? ¿Sois vos, señora?

—¿Mi muerte decís?—preguntó la desdichada.—¿El bárbaro la ha propalado? ¡Justicia, Señor, misericordia!—añadió levantando los ojos al cielo.—Por piedad,—continuó,—¿quién sois el que tanto os parecéis al montero de don Enrique? ¿Qué os trae á esta prisión?

Hernando, sumido en el más profundo letargo, apenas reconocía debajo de aquella palidez y cadavérico aspecto, á la hermosa que tantas veces había visto triunfante en el mundo de lujo y de belleza.

—¡Monstruo!—dijo por fin para sí,—¡monstruo, monstruo abominable!

—¿Quién sois? acabad; y ¿qué queréis?—tornó á preguntar la encerrada;—¿venís á prolongar mis males, á remediarlos por ventura?

—A salvaros, señora,—repuso Hernando.—Conocedme, ¡voto va! El montero Hernando, señora, os ha de sacar de esta maleza.

—¿Con que no me había engañado? ¡Ah! Decidme, ¿por qué feliz azar os veo, y cómo en ese traje?

—El montero de ley, señora, no caza siempre del mismo modo: dejemos para mejor ocasión ese punto. Ved que necesitamos salir del monte. ¡Ea! Venid con nosotros.

—¿Con vosotros? ¿Adónde? ¡ah! no me engañéis. Más fácil es que me matéis aquí. ¿Qué resistencia puedo oponeros? Si sois tan crueles como todos los que hasta ahora he visto en este castillo.

—¿Qué habláis, señora? no veníamos á salvaros: no presumíamos siquiera que vivieseis: el bárbaro que ha osado reduciros á este extremo, no se ha contentado con una presa. Sin embargo, en el momento actual vuestra presencia nos hace más falta de todas suertes que un ojo avezado al cazador. Vuestra presencia va á confundir la iniquidad, y á atajar acaso un torrente de sangre.

Mucho tardaron Hernando y Peransurez en determinar á la desdichada á que los siguiese: sus preguntas exigían larguísimas explicaciones, que no podían darse en aquel momento sin comprometer la suerte de una expedición tan incierta y azarosa ya por sí... A poder de ruegos, en fin, y de observaciones, logróse de ella que dejase el satisfacer sus dudas para mejor ocasión; el tiempo urgía; nuestros dos reverendos habían pasado ya gran parte de la noche en dar con la prisión, y después de tantos afanes, faltábales aún desempeñar la misión que en tal peligro les había puesto.

Resolvióse unánimemente que Hernando se despojaría del hábito que sobre su traje traía, y que lo vestiría lo mejor que pudiese la recién libre cautiva, porque si bien su estatura era muy diversa, también era de advertir que habían entrado de noche, que iban á salir al rayar el alba, y que probablemente no estarían á su sa-

lida de facción los mismos que lo habían estado á su entrada. Dos frailes habían entrado: dos frailes salían: nada había que decir, si durante la noche no se descubría su acción, cosa difícil, pues habían quedado cerrados por dentro y amordazados Ferrus y Ruy Pero. A la salida ningún obstáculo podrían encontrar dos frailes, pues durante la cena se había dado la orden de abrirles el rastrillo en cuanto se dejasen ver á la puerta al amanecer.

Cortó, pues, Hernando el hábito con su cuchillo de monte, y dejóle más adaptado á la

estatura de la hermosa. Hecho lo cual, trataron de buscar, por la parte que no habían recorrido aún, la prisión del doncel, dejando para después de encontrarla el determinar la forma de sacarle y salir el mismo Hernando del castillo, cosa que á éste le parecía sencillísima; pues todo se lo parecía cuando era hecho en obsequio de su señor, y cuando tenía en la mano su venablo y al lado su fiel Brabonel; el cual los seguía silenciosamente toda la noche, como si estuviera penetrado de lo mucho que convenía el sigilo en aquella peligrosa tentativa.

